

JIM CARREY

Y DANA VACHON

RECUERDOS Y DESINFORMACIÓN



NOVELA



 temas de hoy

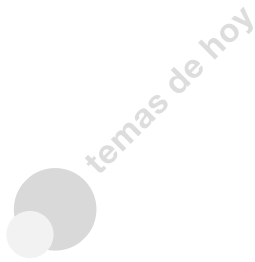





 temas de hoy



RECUERDOS Y DESINFORMACIÓN





 temas de hoy



JIM CARREY Y DANA VACHON RECUERDOS Y DESINFORMACIÓN

Traducción de Alba Pagán

temas de hoy

 temas de hoy

Título original: *Memoirs and Misinformation*

© Some Kind of Garden, LLC, 2020
© por la traducción, Alba Pagán, 2020
Corrección de estilo a cargo de Andrés Prieto

© Editorial Planeta, S. A., 2020
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Esta traducción ha sido publicada de acuerdo con Alfred A. Knopf, un sello editorial de The Knopf Doubleday Group, una división de Penguin Random House, LLC

Primera edición: agosto de 2020
ISBN: 978-84-9998-821-4
Depósito legal: B. 12.989-2020
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Egedsa
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



temas de hoy

A mi hermano mayor John





 temas de hoy



Porque el nombre de un hombre es un golpe
entumecedor del que nunca se recupera.

MARSHALL MCLUHAN



 temas de hoy



PRÓLOGO

Se le conocía como Jim Carrey.

Y a mediados de aquel mes de diciembre su césped se había quemado hasta volverse de una fragilidad ámbar y apagada. Y por la noche, después de que los aspersores lo remojaran durante los diez minutos de riego que permitía el racionamiento de agua de la ciudad, las briznas de hierba flotaban flácidas y gastadas en el agua encharcada, como el cabello de su madre en los últimos sudores provocados por la morfina.

La ciudad de Los Ángeles había tomado un cariz infernal desde abril; los embalses se habían secado por completo, se sucedían los días abrasadores y las previsiones del tiempo parecían la pulsera de amuletos de un sádico: 36-37-40-39. La semana anterior, un F-16 había surcado como una navaja el cielo lleno de ceniza justo cuando uno de los jardineros de la finca de Hummingbird Road se desplomaba por un golpe de calor y empezaba a convulsionar. El hombre forcejeaba mientras lo llevaban a la casa e iba diciendo que la Virgen

María le había prometido un baile agarrado a la fresca sombra del barranco si le daba tres dólares. Por la noche llegaban los Santa Anas, esos vientos demoniacos que debilitaban el alma, que encendían los lamentos de las sirenas de policía cuando los atardeceres ardían en una paleta de colores que iba desde el naranja napalm hasta los malvas tiznados. Y cada mañana, un hálito de niebla tóxica atravesaba los cañones hasta la enorme casa, atravesando los filtros de aire a los que se había equipado hacía poco con sensores para detectar gas nervioso letal.

Le había crecido la barba y estaba adormilado tras meses de crisis y catástrofe. Tendido en la cama, desnudo, en tan mal estado que, si en este momento lo vieras por una cámara de seguridad hackeada, casi no lograrías reconocerlo, puede que lo confundieras con un rehén libanés. Entonces, cuando el reconocimiento facial aumentase, te darías cuenta: «Esto no es como el típico encierro en el que te quedas viendo la televisión a solas en una cama enorme», y cuando el logo rojo sangre de Netflix brillase desde una tele fuera de plano, pensarías: «Conozco esa cara, la he visto en todas partes, desde vallas publicitarias hasta paquetes de cereales. Es la estrella de cine: Jim Carrey».

Unas semanas antes, algún traidor de su extenso equipo de protección personal filtró treinta segundos de una grabación de seguridad a *The Hollywood Reporter*. En ella, Carrey se balanceaba boca abajo, en posición fetal, dentro de la piscina, gimiendo bajo el agua como una orca en cautividad. Su agente, Sissy Bosch, informó a *Variety* de que estaba preparando su papel de Juan el Bautista para Terrence Malick, que se negó a hacer comentarios, por el bien de Carrey. El vídeo se vendió por cincuenta mil dólares, una suma lo suficientemente sustanciosa como para inspirar el más sagrado

de los comportamientos animales: una reacción espontánea del mercado. Después de que el quinto *paparazzi* se subiera a la valla de su jardín, su equipo de seguridad la alzó hasta que alcanzó los cinco metros, la electrificó y la bordeó con concertina; una obra que costó ochenta y cinco mil dólares, soborno al ayuntamiento incluido. Desde entonces, Jim había empezado a escuchar los chisporroteos y chillidos de la fauna electrocutada como una triste necesidad, un sacrificio animal a su divinidad. Y mientras algunos se creyeron la historia de Juan el Bautista que se inventó Sissy Bosch, la mayoría convinieron que no explicaba que Carrey hubiese engordado tanto o que algunos escuchasen un acento chino en sus lamentos.

Eran las 2:58 de la madrugada.

Llevaba siete horas viendo la tele.

La maratón había empezado con un episodio de *Ancient Predators* sobre el megalodón, el terrorífico supertiburón de los mares de la antigüedad. A este le sucedió *Cro-Magnon vs. Neanderthal*, la historia de cómo los primeros humanos se separaron siendo primos en las llanuras africanas y luego se reencontraron como auténticos desconocidos en Europa y empezaron una competición genocida. Los cromañones masacraron sin piedad a los neandertales y los dejaron hambrientos y huérfanos en las cuevas francesas, observando una ventisca cuya atronadora blancura, Jim lo sabía, era la de una aniquilación total. Él era mitad franco-canadiense y acababa de enterarse por voz del narrador de que tenía ADN de neandertal; *él* era el descendiente de aquellos huérfanos. Sintió aquella desdicha como propia y estalló en lágrimas, desolado; entonces, cuando ya no podía soportarlo, su pulgar bañado en grasa de pizza le dio al botón de PAUSA, que congeló la imagen en las caritas de los neandertales. Se pasó

diez minutos temblando y balbuceando «Dios mío...» una y otra vez hasta que Netflix, ávido de su banda ancha, volvió al menú de inicio, y arrojó su brillo escarlata sobre él y sus perros guardianes, dos gemelos idénticos, unos rottweilers con dientes de acero que respondían al nombre de *Jophiel*. Compartían el nombre para ser más eficientes en caso de emergencia, de manera que, si alguno de los numerosos enemigos de Jim Carrey entraba en la casa y solo tenía unos segundos para reaccionar, podía convocarlos a ambos con un solo aliento.

Temiendo que aquel fuese el momento en que descubriría su propia y prolongada inexistencia, cuestionándose incluso el valor de una existencia como parte de una especie que vive en un bucle infinito que pasa del horror a la angustia, se preguntó si la última noticia viral que irritaba a sus publicistas era real. ¿Había muerto mientras hacía *snowboard* en Zermatt? Había visto un vídeo de YouTube sobre el extraño comportamiento del tiempo en el momento de la muerte: los últimos segundos se dilatan y dejan espacio a abundantes estelas de experiencias pasadas. ¿Y si había muerto hacía poco y no había llegado ni al cielo ni al infierno, sino a un purgatorio limitado a una cama?

Había oído historias sobre la morgue de Los Ángeles. Empleados aburridos que hacían fotos indecentes de famosos difuntos y las vendían a TMZ para pagar la señal de una casa en el valle. Se volvió para ver YouTube, cuyos algoritmos, como si le hubiesen leído la mente, mostraban un montaje de fotos de decesos de famosos. Una imagen de John Lennon. Su cara encharcada en una camilla. Allí tumbado para la multitud. Si podían hacerle eso a John Lennon...

Entonces su mente invocó una imagen de su propia forma inerte, hinchada y repugnante, con los imbéciles de la morgue a su alrededor y las cámaras centelleando.

—Mierda —dijo, y respiró, sin estar seguro de si lo había hecho o no.

Había ido al baño para intentar recuperar la certeza de su existencia gracias a un cálido torrente de orina que pasó por su uretra de mediana edad. Se le aceleró el corazón. ¿Y si le fallaba mientras dormía y le encontraban por la mañana, cubierto con sus propios excrementos? ¿Y si toda la paranoia que le había conducido al momento de la temida muerte era la premonición de una muerte inminente, y el accidente de *snowboard* en Zermatt solo una forma que tenía el destino de desviar la atención con destreza? No, si la muerte tenía que venir encontraría su mejor versión, con los intestinos más limpios que una patena.

Decidido, se sentó en su retrete japonés y evacuó sus intestinos, se limpió y saltó a la ducha, se pasó la esponja con esmero por el orificio y luego se secó y se empolvó. Fue al espejo del tocador y continuó, se recortó las ásperas cejas, se depiló los pelos lupinos de las orejas, se extendió una capa de maquillaje por la frente, el cuello y las clavículas con un amplio gesto, hasta parecer un busto griego.

Ahora estaba listo para los chicos de la morgue.

—He aquí una verdadera estrella —dirían—. Un dios taquillero de los que ya no se fabrican.

Ahora estaba un poco menos asustado.

Volvió a meterse en la cama y empezó a ver lo primero que Netflix le sugería: *Pompeii Reconstructed: Countdown to Disaster*.

—Estos eran los Hamptons o la Costa Azul de la antigüedad —dijo el narrador, Ted Berman, un Indiana Jones de pacotilla con un fedora de tienda de segunda mano.

Jim volvió a sentir la realidad desdibujándose en la ficción, como la nube de cenizas ardientes hecha con anima-

ción digital que se inflaba desde el Vesubio. Con ella se elevaba el punto de vista de la cámara informatizada, sobrevolaba la ciudad, para luego detenerse y hacer una panorámica del cráter del volcán. De repente parecía tan infinito y aniquilador que Carrey gritó:

—¡Control de seguridad!

—Interior despejado —contestó su casa, con la voz de una heredera de un comerciante de opio de Singapur que veranea en la Provenza—. Estás a salvo, Jim Carrey.

—¿Estado de la barrera de seguridad?

—Electrizada.

—Descarga una oleada. Solo para asegurarnos.

La luz de la televisión se atenuó y escuchó un sonido parecido al de una cremallera gigante abriéndose alrededor de la propiedad, una oleada de veinte mil voltios que se extendía por la concertina.

—Vuelve a decirme que estoy a salvo —dijo Carrey—. Y que me aman.

—Estás a salvo. Y te aman.

—Di algo bueno sobre mí.

—Tu uso mensual de agua ha disminuido un tres por ciento.

—Zalamera.

La televisión recuperó su brillo. El programa se reanudó.

Un terremoto acababa de sacudir Pompeya, un fenómeno natural que los romanos nunca habían sentido antes. Algunos creyeron que era la primera manifestación de un milagro y se quedaron a esperar la continuación. Otros estaban menos seguros de ello y huyeron por las puertas de la ciudad.

—Nadie podría haber previsto —dijo Ted Berman— que todos los que se quedaron morirían.

Se sucedieron los momentos de desesperación de los

protagonistas del documental: un magnate de la navegación y su mujer embarazada, unas jóvenes hermanas que habían nacido en un burdel y un magistrado de alto rango, su familia y su esclavo africano.

Sumido en el llanto, Jim se preguntó: ¿era sensato seguir viendo Pompeya con las imágenes de los megalodones todavía frescas en su mente? ¿Con aquellos huérfanos neandertales todavía detenidos en pausa en su cueva francesa? Charlie Kaufman le dijo una vez que el truco que constituye la principal ilusión del cine, por el cual la sucesión de las imágenes da el efecto de un flujo continuo, es el mismo que crea la impresión de tiempo en la mente: que el pasado y el presente son conceptos inventados, ficciones indispensables. ¿Eran tanto él como los pompeyanos cuadrados dispersos de celuloide? ¿Sentían que su mundo se desmoronaba al mismo tiempo que él sentía la destrucción del suyo? ¿Existía un único y solo dolor? Si eso era así, debía contener no solo a los pompeyanos sino a los actores que hacían de ellos, a la gente que luchaba por encontrar su próximo trabajo.

Ser visto. Ser relevante.

El dinero era el amo ahora. El dinero les había convertido a todos en soñadores contratados.

«No tengo por qué ser así...»

«Podría marcharme ahora y ser feliz...»

Pero ¿cómo sería ser feliz? No conseguía recordarlo en aquel instante.

Un terrible dolor lo volvió a arrastrar a las profundidades de su cama y multiplicó cada kilo de su cuerpo por mil. Reunió la fuerza suficiente para mover sus pulgares y escribirle a Nicolas Cage, un hombre cuya osadía artística siempre le había dado ánimos: «Nic, cuando afirmaste que los

espíritus de los muertos están a nuestro alrededor, ¿lo decías como una figura poética o de verdad?».

Pero su excelente amigo no contestó.

Otra vez: «¿Nic?».

Otra vez sin respuesta.

Sentía cada segundo como un montón de granito sobre él.

Consideró la posibilidad de salir de Netflix.

Se comería la ensalada *niçoise* que había en el frigorífico, luego saldría y tal vez jugaría a hacerse el muerto en la piscina. Levantó la cabeza de la almohada, listo para la acción, pero luego se detuvo; de repente tuvo la certeza de que le debía un visionado entero y sin interrupciones al fin de Pompeya.

Le dio al PLAY.

Unos arqueólogos de Frankfurt reconstruían por ordenador un conjunto de restos desenterrados. Jim Carrey se preguntó adónde habría llegado aquella tecnología cuando lo exhumaran a él. ¿Qué afirmaría de él la gente del futuro? ¿Podrían intuir las luchas que se habían llevado a cabo dentro de su cráneo? ¿Imaginar a su vapuleado padre? ¿A su dulce y sufridora madre? ¿Reconstruirían las ruinas de la mente como antes hacían con las del cuerpo?

Los esqueletos de las dos hermanas que encontraron en el burdel de Pompeya tenían los dientes torcidos; los efectos, afirmaban los investigadores, de una sífilis congénita.

—Nacieron con esta enfermedad de transmisión sexual sin haberla contraído ellas mismas —dijo Ted Berman, el presentador—. Inocentes pero portadoras de un sufrimiento constante.

Ahora se veía un primer plano de las chicas en un *flash-back* dramatizado, tenían pústulas de látex sobresaliéndoles

de los párpados y la mirada dirigida al Vesubio. En 1993, el gurú Viswanathan dijo del aura de Carrey que era de un color «rosa y dorado radiante, espléndido», y le enseñó a sentir los cambios dentro de su forma efímera. Ahora podía sentir-la arqueándose hacia el televisor mientras las gemelas sifilíticas se encogían de miedo bajo la lluvia volcánica. Temió que le estuviesen arrebatando el alma o, peor aún, que esta estuviese huyendo.

«¡*Jophiel!* ¡Cariño!», intentó decir, pero se quedó sin aliento antes de hacerlo cuando en la tele la nube de cenizas del Vesubio ocultó el sol. Inmerso en la oscuridad y descubriendo un nuevo sentido a la impotencia de las palabras, Carrey consiguió ladrar, «¡Cariño!», y de inmediato los dos rottweilers se apresuraron a colocarse cada uno a un lado de él y a lamerle las lágrimas de la barba.

—¡Mucho cariño! —gritó Carrey, y los perros (que habían sido entrenados para tratar a quien pronunciase esas palabras como a una madre lactante y a actuar como si tuviesen seis semanas exactas) pasaron de lamerle la cara a acariciarle el cuello con los hocicos, con tanta calidez que Carrey podría haber confundido el acto pavloviano con la verdadera lactancia de no ser porque sus dientes de acero le rozaban el contorno de la yugular.

Volvió la vista a la tele, que ahora mostraba un plano de huesos humanos en una mesa quirúrgica.

—Restos femeninos —dijo uno de los alemanes. La cámara hizo zoom en una matriz de láser azul que completaba el escaneado—. Una mujer pudiente. De unos dieciocho años.

Esa escena daba paso a un *flashback*: una mujer de belleza delicada en su villa, cenando en un sofá de seda, una belleza delicada que limpiaba la boca de su marido con una

amabilidad que tenía su origen en la propia forma que la actriz tenía de amar, Jim podía verlo.

El único amor desinteresado que jamás había conocido, que solo daba sin esperar recibir a cambio, fue el que sintió por Linda Ronstadt en el lluvioso julio de 1982. Ella tenía dieciséis años más que él y le cantaba una canción de amor mexicana, «Volver, volver», una canción de cuna cuyo anhelo le recorría todo el cuerpo cuando ella le abrazaba contra su pecho bronceado y le pasaba los dedos por el pelo. «Volver, volver, volver...»

Las palabras viajaron en el tiempo en aquel instante: «Volver, volver, volver...».

Pero ¿cómo?

Ya no era el chico de ojos vivos que ella había abrazado. ¿Había asesinado a aquel niño inocente y luego disuelto su cuerpo en los ácidos del desenfreno? Envidió al sentenciado pompeyano y a su dulce mujer; se sentía muy solo allí, tirado en la cama. La voz susurrante de Linda le atravesaba.

«Volver, volver, volver...»

La matriz del láser bailaba por el esqueleto de la mujer y se paró en un conjunto de huesos desperdigados por debajo de su caja torácica. Uno de los alemanes escribía comandos en el ordenador. En la pantalla, los huesos se reunían en un vientre digital y formaban un diminuto esqueleto. Pulsó algunas teclas más que le proporcionaron una capa de piel rosa uniforme, un par de ojos de renacuajo, una mano a medio hacer y un dedito metido en una boca hueca...

—Está embarazada —dijo el alemán—. De un niño.

Entonces, nuevas lágrimas de desesperanza se unieron a las viejas lágrimas de vacua desolación.

—La nube de cenizas sobrecalentadas cae por su propio peso —explicó Ted Berman—. Y aunque la mujer y su mari-

do estuvieran a salvo de la lluvia de piedras volcánicas en su casa abovedada, ahora sufrirán el fatal destino de Pompeya: el colapso térmico. Cuando la temperatura del aire llegue a los 260 °C, los tejidos blandos de la mujer explotarán, su cerebro hará añicos su cráneo.

—No... —dijo Jim Carrey.

—El cerebro del bebé también explotará. Tal vez lo haga una fracción de segundo después de que los intestinos de la madre exploten y atraviesen su caja torácica.

—No, por favor —suplicó sin poder cambiar de canal.

Entonces, en su pantalla de miles de millones de píxeles, la columna de humo volcánico se derrumbó bajo su propia masa, en torrentes que caían por las faldas del Vesubio digital. Las chicas sifiliticas, el magistrado, los jóvenes amantes y su hijo, todos ellos y sus sueños, carbonizados. La negrura de una toma de la nube mortífera oscureció la habitación de la finca de Hummingbird Road al extenderse por la bahía digital de Nápoles. Carrey gimió apenado y cerró los ojos como un niño pequeño, incapaz de soportarlo.

Cuando volvió a abrirlos, Ted Berman paseaba por las calles actuales de Pompeya, llenas de excavaciones. La cámara hizo una panorámica y mostró filas de moldes de yeso, cuerpos sorprendidos por la muerte: unos con caras de terror abyecto; otros, armados y protegiendo tesoros; algunos, tranquilos y resignados. Y al fin, un marido acostado al lado de su mujer, con la mano sobre su vientre embarazado. Y Jim Carrey, famoso por sus salvajes caídas y su divertido caos, se hizo un ovillo y empezó a sollozar. Sí, era un desastre. Pero hubo un tiempo en el que brilló tanto. Tendríaís que haberlo visto.



 temas de hoy



CAPÍTULO 1

En otra vida había protagonizado un taquillazo veraniego que llegó a recaudar doscientos veinte millones de dólares en todo el mundo sin ningún esfuerzo, de los cuales el treinta y cinco por ciento se destinó a Carrey en persona y afluyó hasta sus reservas económicas desde los territorios de distribución, que se extendían, como se dice, «desde Tuscaloo hasta Tombuctú». Que la película no estuviese, incluso según él, entre las mejores que había hecho endulzaba todavía más el éxito; cuanto mayor era la impunidad, más se acercaba a Dios.

Se alimentó del amor de las multitudes durante la exitosa trayectoria de la película, con los estrenos en Londres, Moscú y Berlín. Llegó a Roma como un César del *slapstick*¹ caminando por una alfombra roja de cien metros donde advirtió a un

(1) Estilo de comedia que se basa en las acciones físicas de los actores, exageradas y falsas y que a menudo implican cierto tipo de violencia sin consecuencias. Sus representantes más famosos son Charlie Chaplin y Buster Keaton. (*N. de la t.*)

publicista agachado en medio de su camino y —calibrando el momento igual que calibra la marea alguien que está a punto de saltar desde un acantilado— se tropezó con el tipo y cayó como un águila en picado. La cabeza y los hombros impactaron con tal fuerza en la alfombra que la multitud pensó que acababa de morir frente a ellos. Allí tirado, Carrey pensó en su tío Des, asesinado de un disparo mientras iba a hacer la broma de la mazorca de maíz disfrazado de *bigfoot*. Algunos se lanzaron a ayudar a la estrella. Otros se quedaron sin aliento. Carrey dejó que la preocupación creciera antes de ponerse de pie de un salto como un muelle y de dar todas las entrevistas de aquel día con un ojo bizco.

Después hubo una cena en su honor en el palacio del Quirinal. El presidente de la República italiana había dispuesto una mesa para cien comensales. Todos habían acudido para codearse con el genio de la interpretación y lanzaron miradas de elogio cuando Carrey, que presidía la mesa, le pidió al experimentado sumiller que escanciaba el vino en su copa si podía ver la botella. El hombre dejó de servirle y se la tendió. Todos miraron a Jim, que olisqueó el corcho y leyó la etiqueta, como preámbulo a lo que haría después: amorrarse a la botella, darle un buen trago y luego decir, con la cara de un verdadero experto: «Maravilloso. Les va a encantar». Y así fue. Todos le aclamaron: el marchante de arte suizo, los tres hombres de Merck y los camareros que presenciaban el espectáculo desde la cocina, donde también los cocineros se rieron. Y el sicario de la Camorra que esa misma semana había tirado dos cuerpos al Tíber. Y el marido de la embajadora sueca. Se rieron por el súbito alivio que les produjo aquella infracción de los modales y la risa los unió más allá de los diferentes idiomas, y comieron y bebieron en la terraza de mármol bajo la noche romana.

Una orquesta de doce músicos se puso a tocar tangos, una música que llevó a la propietaria de una cadena de tintorerías, una solitaria y rolliza mujer de más de cincuenta años, a decidir, después de haberse bebido tres vasos de *prosecco*, pedirle un baile a Carrey, ya que le había pagado cinco mil dólares a la secretaria de un senador corrupto —que era todavía más corrupta que él— para poder asistir al evento. Se movió hacia él como un aparador en busca de calor y hubo algo en su descaro que conmovió a Jim Carrey. Le hizo un gesto a sus guardaespaldas para que se alejaran y, cuando le preguntó si le concedía un baile, se levantó, la tomó de la mano y la condujo hasta la columnata. Bailaron un tango con pasión. Ella era sorprendentemente ágil y giraba con facilidad a pesar de que sus dedos, grasientos por la lubina a la plancha, no paraban de resbalarse entre sus manos. Lo convirtió en una escena de película: fingía la frustración de un amante y exageraba cada vez que sus manos se soltaban para después cogerle el brazo y echarlo por encima de su hombro, agarrándola con fuerza y mirándola como si dijera: «No volveré a perderte». Hacía tanto tiempo que no la abrazaban. Giraron como galaxias colisionando, la música de la orquesta ganó intensidad, la multitud de estafadores pidió un *crescendo* y lo consiguió cuando Carrey dejó que la mujer se hundiese entre sus brazos y, al ver sus labios fruncirse en una invitación a un beso, le lamió la sudorosa cara desde la barbilla hasta la frente y luego la miró como un cachorrillo feliz. El gesto puso en pie a toda la sala, la caricatura del amor había sembrado el deseo de su forma real en los corazones de todos los allí presentes, incluido él mismo.

Pronto estuvo de vuelta en su casa en Brentwood, sin un ápice de divertido caos en su famosa cara, solo desánimo allí donde acababa de encarnarse tanto carisma en bruto.

La película se desvanecía de la psique colectiva.

Sintió que sus ánimos se disipaban con ella, movidos por leyes desconocidas de correspondencia entre lo humano y lo industrial. Se sentía solo. Y de verdad deseaba, aunque fuese ridículo, la versión real de la payasada que había interpretado con la *duchessa* de la limpieza en seco. Esta le había dado un cupón para el lavado de diez prendas y, al sacarlo de su cartera, empezó a pensar, movido por un impulso masoquista, en todo lo que podría haber vivido con Renée Zellweger, su último gran amor. Le había dejado por un torero, Morante de la Puebla. Solo, en el sofá de su casa en Brentwood y entumecido por la televisión, se dio cuenta de que las heridas del abandono no habían sanado del todo. Hacía *zapping* entre *Engineering the Reich*, donde Werner von Braun lanzaba a hombres como proyectiles que atravesaban la barrera del sonido como experimento para el programa espacial del *Apolo*, y *Vietnam Reunions in HD*, donde un estadounidense sin piernas abrazaba a un vietnamita sin dientes en el montículo de la selva donde ambos habían perdido su juventud.

Al cambiar de un canal a otro, Carrey entrevistó *Oksana* en la TNT, y una entre los billones de sinapsis de su mente se disparó con un brillo mayor que las demás, obligándole a quedarse en el canal. Allí vio a una actriz de serie B o C, Georgie DeBusschere, tan metida en el papel de una asesina rusa como sus modestos talentos le permitían, torturando al traficante kirguís de armas al que había seducido y conducido a un piso franco en Bucarest con promesas de sexo salvaje. Ella lo drogaba y ataba, y cuando el hombre se despertaba, le pedía el antídoto para un virus carnívoro que estaba desbara-

tando el arco narrativo de su personaje. Alegando la «rápida tasa de mutación del virus», el hombre decía que no podía ayudarla. Entonces ella le introducía el taladro eléctrico en el fémur y luego le mataba con un golpe de yudo en la nariz.

Al contemplar a Georgie en aquel instante de violencia excesiva, el subconsciente de Jim vio los ojos de su madre en los de ella, la piel de su madre en la de ella, y la nariz de su madre en su nariz. Sin embargo, su mente consciente sabía que solo era un arrebato empalagoso.

Los primeros años de su vida los marcaron las dificultades económicas de su querido padre, Percy, cuya sonrisa crecía a la misma velocidad con la que la familia caía en la miseria. A veces su madre, Kathleen, canalizaba su declive de manera visceral, imaginándose su propia muerte.

—¡Los médicos dicen que mi cerebro se deteriora a una velocidad alarmante! —solía decirle a la familia a la hora de cenar.

Aquellas palabras aterrizaban al joven Jim, que temía encontrarse cualquier día al volver de la escuela a su madre en el suelo, sin cerebro. Los médicos le recetaron codeína y Nembutal. Se hizo adicta a los analgésicos, como mucha otra gente. Algunas de sus primeras actuaciones cómicas nacieron de un intento de hacer que ella se sintiera mejor: un niño de siete años, delgado como una cerilla, entrando en su habitación en calzoncillos, fingiendo ser una mantis religiosa que la atacaba, con la cabeza torcida, sacudiendo sus pinzas, haciéndola reír para alejar el sufrimiento de ella, que iba creciendo con el paso del tiempo.

Pero todos aquellos analgésicos, década tras década, pasaron factura. Se quedaba tumbada en el sofá, rígida por la artritis, fumando un cigarrillo tras otro, en el piso de North Hollywood que Carrey les había invitado a compartir con él cuando se jubilaron y se quedaron sin dinero. Cuando volvía

de trabajar en su primera serie de televisión para la NBC, *The Duck Factory*, se la encontraba profundamente dormida en el sofá y con los cigarrillos que había olvidado apagar quemando los cojines.

Después el programa se canceló y, como se estaba quedando sin dinero, les dijo con todo su pesar que tenían que volver a Canadá, donde por lo menos, si se ponían enfermos, podían permitirse ir al hospital. Les dijo que les enviaría dinero.

—Nunca consigues nada, Jim —le espetó ella—, nunca consigues nada.

Fue un golpe demoledor. A veces soñaba con estrangularla y se despertaba con sudores fríos, sintiéndose culpable por su matricidio fantaseado, deseando los cuidados maternos que nunca había tenido, una sensación que volvía ahora mientras veía a Georgie en la tele. ¿Quién era aquella actriz cuya imagen tanto le conmovía? ¿Qué era aquel programa? Le dio al botón de INFO: «*Oksana*: los sujetos de un experimento abortado de la Guerra Fría van finalmente en busca de la verdad».

Se unió a ellas durante veinte horas que le pudrieron el cerebro. Vio a Georgie DeBusschere y a sus hermanas luchando hasta llegar al laboratorio de Moscú en el que descubrían que todas eran asesinas programadas, todas salidas de los ovarios de gimnastas soviéticas fertilizados con el esperma congelado de un tal Iósif Vissariónovich Dzhughashvili, más conocido como Iósif Stalin, y criadas por superordenadores en una isla de las Aleutianas que no aparece en el mapa. Absorto por su belleza, se la imaginó siendo una Kennedy, la única chica de una familia de hombres. «Seguro que jugaban al fútbol americano en la playa después de comer marisco», pensó al verla noquear a uno de los malos con una patada giratoria.

No podía estar más equivocado.

Había nacido a cien kilómetros de Iowa City y crecido en una calle con las aceras deterioradas. Su padre era un profesor de Educación Física alcohólico; su madre, una tranquila y complaciente enfermera de sala de partos. Georgie era una de ocho hermanos que se peleaban con furia por pasar al cuarto de baño y por las cenas de comida congelada. El día de su decimocuarto cumpleaños pasó de estar en el medio a encajarse a la cima del orden jerárquico y dominar a sus siete hermanos —Cathy, Bobby, Cliff, Gretchen, Vince, Buster y Denise—, cada cual más astuto que el anterior a causa de los recursos cada vez más escasos de la familia.

Había conseguido una beca de los rotarios para ir a la Universidad de Michigan State, donde un error informático le había asignado a un seminario de posgrado de teoría de juegos, «Toma de decisiones en tiempos difíciles», en el que sacó matrícula casi sin proponérselo: entendía los conceptos de manera innata. Después de licenciarse, se mudó a Los Ángeles, donde trabajó como modelo de revistas antes de presentar un ensayo sobre *Robinson Crusoe* y una colección de fotografías en bikini a un agente de *casting* que le consiguió un puesto de participante en el *reality Survivor: Lubang*.

Allí, durante el verano del 2000, se ganó el odio de millones de personas por traicionar a su mejor amiga de la tribu Gee-Lau, una comercial de Mary Kay que se llamaba Nancy Danny Dibble. A Nancy, que tenía una cara sin gracia y llena de marcas de acné, la habían seleccionado por las poderosas reacciones que generaba en los *focus groups*: lástima pura y dura. Los productores la habían introducido para hacer de ella un obstáculo moral. Para el resto de los concursantes, la estrategia más lógica era echarla rápido, sin piedad. Pero ¿qué pasaba con la deuda que tienen los fuertes con los débi-

les? ¿Y con las ilusiones de moralidad de la audiencia y con la ira que vivía dentro de ellos?

Pensando que ganaría una aliada a coste cero, Georgie compartió cacao con Nancy durante sus primeras horas en la isla, mientras pedían a los náufragos que hiciesen diecisiete tomas de paseos por la orilla de la playa. Y, a pesar de que era posible que Nancy Danny Dibble nunca hubiese tenido un amante, era una criatura tan erótica como cualquier otra. Todo está en internet, los cinco segundos, una ópera de *voyeurs*: un deseo compacto que atraviesa la mirada de Nancy mientras Georgie le pone cacao en los labios. ¿Hacia cuánto tiempo que Nancy Danny Dibble no se estremecía? «Necesito más», dice, de modo que Georgie le vuelve a aplicar el bálsamo en los labios. El gesto sobrepasó con creces cualquier modesta aspiración que Georgie hubiese tenido y plantó la semilla de una amistad que se consolidó en el tercer episodio, cuando, con la cara iluminada por una hoguera, esta le comentó que le parecía que «Danny» era un segundo nombre un poco raro para una mujer. El cámara se agachó, con la lente a pocos centímetros de la cara de Nancy mientras ella contaba que se lo había puesto en honor a su hermano, que había muerto ahogado en la lluviosa primavera de 1977 al tirarse a un crecido arroyo del Misisipi para rescatar a Dolly, una masa de trapos de cocina y trozos de fregona con ojos de color violeta hechos con botones, la única muñeca que Nancy había tenido en su vida. La suya no era una desgracia normal y corriente, ni siquiera para Estados Unidos, ni siquiera para un *casting* de ochenta mil personas. El aria del lamento de Nancy se elevó hasta que, con un débil sollozo, penetró en la noche como si esta contuviese un mechón del pelo de Danny. Georgie consoló a Nancy y le pasó la mano por el pelo, que ya estaba perdiendo el color de su tinte de droguería debido a la acción del sol.

—Georgie —dijo Nancy—, me hubiese gustado que fuésemos hermanas.

—Nancy —dijo Georgie como si los cámaras no estuviesen—, somos hermanas.

Se prometieron ganar y compartir el dinero. Pero la desgracia de Nancy resultó ser contagiosa: perjudicada por aquella mujer (que también tenía artritis en las rodillas y cuya forma de andar ya era una señal de debilidad), la tribu Gee-Lau perdió una prueba eliminatoria tras otra. No tardaron en verse superados por la fuerza de los Layang y empezaron a caminar en la cuerda floja de la extinción del concurso.

Los índices de audiencia se dispararon. El cuerpo en bikini de Georgie DeBusschere se hizo famoso entre los banqueros y los conserjes, tanto en los pisos de lujo como en los de protección oficial. ¿Por qué no? Había un millón de dólares aquí para quien lo quisiera, dinero suficiente como para cumplir los deseos estadounidenses más salvajes: huir de la clase inferior. Nancy Danny Dibble seguía creyendo que Georgie les proporcionaría la victoria. Por las noches soñaba que conducía un Chevrolet Malibu nuevo, con el depósito lleno, a través de Jackson, el mejor barrio residencial de Misisipi, y que un grupo de amas de casa relucientes la consideraba su mejor amiga.

Pero Georgie sabía que no ganarían y lo único que deseaba era un buen baño caliente. Una noche caminó hasta la playa, luego reptó por los matorrales y se tumbó en un riachuelo donde, dejándose inundar por el cieno, sintió el filo de un puñal que se le había caído a un cabo japonés tres días antes de Hiroshima. Sacó el acero del cauce del río y se lo metió en los pantalones. A la mañana siguiente, con el puñal entre los dientes, nadó hasta las oscuras profundidades de la

cueva, pasada la superficie turquesa, donde se cruzó con una anguila adulta.

¿Cuántos vieron a Cristo en el monte de los Olivos?

Diez millones de personas le miraron las tetas a Georgie cuando salió de entre las olas con la pobre anguila (el único ser inocente de toda la ecuación) colgada del cuello, goteando tripas de color verde oscuro por entre su canalillo. Volvió a cazar y cambió su presa por un favor tras la siguiente unión de las tribus. Estaba claro que uno de los Gee-Lau se iría y, mientras los Layang querían eliminar al más fuerte, Georgie los sobornó para que echaran al más débil, Nancy Danny Dibble.

—Nancy nos ha debilitado —susurró—. También os destruirá a vosotros.

—Creía que éramos hermanas —dijo Nancy entre lloros en la ceremonia de eliminación, cuando ya habían leído los votos—. ¡Lo prometiste! ¡Di algo! —suplicó Nancy.

Y allí, como en todas partes, a Georgie le salió más cara la honestidad brutal que la simple astucia. A los espectadores, aquella afirmación les pareció reprobable únicamente por su verdad implacable, por la impávida forma de los primitivos engranajes que alientan la ilusión de libertad. Georgie pensaba que no había hecho nada malo. Se olvidó de las cámaras y sacó provecho de su clase favorita de la Universidad de Michigan State: «Toma de decisiones en tiempos difíciles».

—La vida es una serie de juegos conectados, muchas veces sin sentido, puede que amañados —le dijo a Nancy—. Algunos siguen reglas que conocemos, la mayoría sigue reglas que ignoramos. ¿Nos están conduciendo a un estado superior? ¿O solo nos obligan a avanzar de un tablero a otro sin ningún objetivo? La única forma de saberlo es haciendo lo que nos piden los juegos; yo solo he hecho lo que el juego me pedía.

Las lágrimas hicieron relucir las mejillas de Nancy.

Las antorchas chisporrotearon.

Y los Layang, al sentirse en presencia de un jugador avanzado, decidieron que la próxima en irse sería Georgie.

No tardó en volver a Los Ángeles, decidida a convertir la infamia en fama. Se pasó tres años intentando convertirse en actriz bajo la representación de Ventura Talent Associates y el sobrenombre de la «Asesina de anguilas de Lubang», yendo a reuniones para programas de entrevistas que nunca llegaban a realizarse, consiguiendo papeles en episodios pilotos de series que ya estaban muertas antes de nacer, incapaz de utilizar la mala fama que había cosechado en *Survivor* hasta que, horror, esta se esfumó.

Posó para revistas masculinas, cada vez con menos ropa, cada vez por menos dinero. Un trabajito de azafata en bañador en un salón del automóvil la llevó a un puesto de vendedora de coches en el concesionario Mazda de Calabasas, donde, según ciertos documentos del juzgado, una vez robó un Miata de segunda mano. Acabó casándose con Darren *Lucky* Dealey, un especialista con tendencia a los ataques de ira al que una vez despidieron de un trabajo en el que tenía que saltar muros de fuego en lugar de Rutger Hauer por agredir a un técnico de sonido. Poco después de su primer aniversario de bodas, le dejó un ojo morado y ella, para vengarse, le echó matarratas en los polvos proteínicos. El romance se volvió trágico, incluso para una apagada estrella de *reality*. Pasaron siete años, la duración bíblica de las plagas, antes de que el destino le concediese un pequeño hálito de ternura; e, incluso entonces, fue cruel.

Mitchell Silvers era un guionista y productor de televisión que se había obsesionado con Georgie cuando la vio en *Survivor* durante su primer año de carrera en la Universidad del Sur de California. Ya como adulto, se aprovechó de su

poder para cumplir su fantasía y habló con el agente de Georgie para organizar una reunión con ella en el Chateau Marmont. Allí, con una falta de afecto provocada por la medicación que ella confundió con una personalidad inocente, le ofreció un papel en su próxima serie de espionaje para la TNT a cambio de sexo en una de las *suites*. «Es solo sexo —se dijo ella—, el fin justifica los medios, solo son moléculas rebotando de un lado a otro.»

Dos meses más tarde, a raíz de la amenaza de Silvers de abandonar el proyecto, la TNT le dio el papel de la criminal rusa Nadia Permanova a Georgie, una asesina hercúlea que luchaba contra los caudillos militares de Asia Central vestida con el traje ajustado de *dominatrix* que tanto cautivaba a Jim Carrey, a causa del fetichismo que de niño había desarrollado por la exuberante Vampirella.

Y quien, ya adulto, babeaba al ver a la hija de Stalin entrar en el laboratorio moscovita y encontrar unos primitivos discos duros que contenían cada recuerdo de una niñez tan letal que era preciso olvidarla; identidades perdidas y encerradas en cintas magnéticas. Al final, en una habitación secreta, había frascos de muestras con embriones humanos flotando en formaldehído turbio, los residuos de una obscena creación. El personaje de Georgie sufría un ataque de ira y destrozó todo lo que tenía a la vista.

Y cuando los fetos de atrezo rebotaron por el suelo de cemento, Jim Carrey sintió que todo el dolor de sus amores perdidos se desvanecía. Sintió, como si de una iluminación repentina se tratase, que el cosmos le enviaba un mensaje: ahora lo sabía, Georgie era su alma gemela.